

◆ Capítulo 4

La revolución después de La Revolución: los hijos de la revolución

Teresa Basile

La pregunta¹

Aunque resulte inabordable y desmesurada, quisiera partir de la siguiente pregunta: ¿cómo podemos interrogarnos por la revolución hoy, y cuáles serían sus vínculos con la literatura argentina y eventualmente con la latinoamericana? En este caso no elijo una mirada historicista que vuelva a las revoluciones latinoamericanas de los años 1960 y 1970, sino que prefiero poner el ojo en el presente, mejor aún en la “contemporaneidad”, para percibir no la superficie visible del presente —la hegemonía de la democracia en nuestro caso—, sino las opacidades de lo contemporáneo, sus desfasajes temporales, sus desconexiones, sus fracturas y anacronismos respecto a lo que domina en la actualidad, allí donde puede anidar lo inesperado, tal como sugiere Giorgio Agamben en “¿Qué es lo contemporáneo?”. No se trata de quedarnos prisioneros en la *nostalgia* de una revolución que esté cristalizada en el presente, aunque sí tal vez de recobrar una *melancolía* de la izquierda como la convoca Enzo Traverso en su libro (*Melancolía de izquierda*, 2018). Entonces: ¿cómo trabaja, cómo brega, cómo produce, cómo funciona la revolución hoy? ¿Cuál es su lógica en un contexto dominado por las democracias y los derechos humanos: por qué vías se inmiscuye, asedia, penetra e interfiere en la democracia; cómo se mezcla, se enmascara o se exhibe la pulsión revolucionaria? ¿Qué hace la literatura y el arte con la revolución en su caída libre? Claro que no vamos a responder semejantes preguntas, sino solo intentaremos asediar una de sus líneas.

Si en las últimas décadas nuestra mirada auscultaba la presencia de la violencia radical y los hilos de la barbarie detrás de la superficie de la

**Generación Hijos: memoria, posdictadura y posconflicto en
América Latina**

Hispanic Issues On Line 30 (2023)

civilización, un gesto que Walter Benjamin supo metaforizar en la figura del ángel de la Historia (en su novena tesis de las “Tesis de la filosofía de la historia”), ahora es la revolución la que está en juego y de la mano de Diego Tatián convocamos, entonces, al ángel de la barricada. Aunque como iremos viendo ambos van juntos y el ángel de la barricada también sobrevuela las ruinas dejadas por el terrorismo de Estado.

¿Cómo pensar la vigencia de la revolución luego del golpe de Estado chileno que derrocó a Allende en 1973, luego del zarpazo de las dictaduras del Cono Sur durante la década de 1970, del genocidio guatemalteco (1981 y 1983), del inicio del Periodo Especial o postsoviético en la Cuba de 1990, de los descabros de los movimientos de la izquierda armada latinoamericanos, de la caída del Muro de Berlín de 1989 y la desintegración de la URSS? ¿Cómo no quedar atrapados en aquellas perspectivas que solo se detienen en las derrotas revolucionarias, en las autocríticas de los grupos guerrilleros, en los duelos? Estas miradas críticas no son suficientes para indagar aquellos enclaves del presente intervenidos por dispositivos revolucionarios, por la *performatividad* de los legados, herencias o espectros de la revolución. En esta arena del desencanto: ¿es posible detectar el impulso de algún reencantamiento?

Sin duda, una reflexión sobre la contemporaneidad de las insurrecciones en Argentina necesariamente debe contemplar el traspaso de paradigma que va de la revolución a los derechos humanos durante el decurso de la historia de las últimas décadas. Cierta punto inicial está dado por el triunfo en 1959 de la Revolución cubana, y su auge y expansión en dos olas que recorrieron América Latina hasta arribar al territorio argentino. Los golpes de Estado en el Cono Sur (la caída del gobierno socialista de Allende en 1973 fue su epítome) implicaron la derrota de estos movimientos. La apertura democrática en Argentina fue protagonizada por las políticas de derechos humanos que reemplazaron y silenciaron a los movimientos revolucionarios. La derrota, la condena y la autocrítica acecharon a la izquierda armada cercenando cualquier intento de recuperación —en sintonía con su debacle internacional de 1989—: ¿cómo se fue gestando, entonces, la posibilidad de pensar en la revolución, de activar sus moléculas emancipatorias, de regenerar algunos de sus saberes o de sus restos épicos?

Estos múltiples derrumbes, asimismo, han impactado en el campo cultural y literario latinoamericano, provocando también un giro desde el *paradigma revolucionario* de los años 1960 hasta la *matriz de los derechos humanos* instalada con las aperturas democráticas de 1980 en el Cono Sur (Basile, “Reinstitucionalización del testimonio”). Luego de las épicas de los testimonios guerrilleros, luego de los realismos mágicos y maravillosos, luego de los barrocos y neobarrocos que acompañaron en muchos casos la fiesta revolucionaria, el cubano Antonio José Ponte decide escribir desde “el apagón de las metáforas” como marca de una estética capaz de traducir la crisis de los años noventa en

Cuba: “Un apagón no sólo literal sino también metafórico, el apagón de las metáforas. ¿Cómo utilizar esas grandes metáforas de mis antecesores literarios [Alejo Carpentier y José Lezama Lima], cómo sostenerlas en la crisis?”, sostiene Ponte (Basile, “Estación Habana” 115–120). Si Roberto Fernández Retamar colocaba como centro de la Revolución cubana al mestizo, colonizado y rebelde Calibán en 1971, otro cubano, Iván de la Nuez, en la década de 1990 lo hace fugar de la isla para buscar nuevos horizontes en su ensayo “El destierro de Calibán” (1997).

Mientras los imaginarios en torno a los apagones, los naufragios y las fugas asoman en la literatura cubana postsoviética, en Argentina, Ricardo Piglia anuncia la necesidad de escribir la historia de las derrotas en *Respiración artificial* (1980), ese texto icónico que en el borde final de la dictadura interroga las causas del fracaso a través del recorrido por el pasado de la historia argentina. En cambio, en *Recuerdo de la muerte* (1984) Miguel Bonasso se enfoca en la historia reciente y aún palpitante cuando en los inicios de la democracia publica su novela. Allí explora las posibles causas del fracaso de la organización de la izquierda armada Montoneros, además de revelar la entera maquinaria del terrorismo de Estado.² Dos textos clave de la *narrativa de la derrota*.

Un extenso corpus de textos literarios y ensayísticos sobre los fracasos, las pérdidas, las destrucciones y exterminios, atravesados por el duelo, la melancolía, el exilio, la sobrevivencia, irá creciendo en el campo literario conosureño y también de América Latina.³ Tanto Ana María Amar Sánchez en *Instrucciones para la derrota. Narrativas éticas y políticas de perdedores* (2010) como Idelber Avelar en *Alegorías de la derrota: la ficción posdictatorial y el trabajo del duelo* (2000) y mi texto *El desarme de Calibán* (2018), entre otros múltiples abordajes críticos, indagan en varias de estas producciones. Esta *narrativa de la derrota* explora la pérdida de la épica revolucionaria y el desmoronamiento del impulso emancipatorio y de sus macronarrativas, indaga la violencia estatal y los genocidios en el pasado de la historia al tiempo que hace una autocrítica de la izquierda armada. También procura extraer ciertos “saberes de la derrota” (Basile, *El desarme de Calibán*) y ensayar nuevos caminos para las transiciones hacia las democracias y los derechos humanos: una ardua tarea encarada por la misma generación que había apostado a la revolución.

Los padres/madres de La Revolución después de la Revolución

En muchos casos, cuando los militantes argentinos de la izquierda revolucionaria lograban salir de los campos de concentración y de las cárceles durante la dictadura y en los inicios de la democracia, debieron afrontar la derrota de sus proyectos y asumir el duro desafío de abandonar el universo

revolucionario y sumarse a las políticas de derechos humanos, un giro extremo y radical para sus vidas. Varios de estos sobrevivientes, que arribaron al exilio, comenzaron a denunciar la maquinaria desaparecedora del terrorismo de Estado y para ello se vieron obligados a acercarse a diversos organismos internacionales de derechos humanos y a completar formularios enmarcados en ese código, donde no había espacio para exponer su reciente pertenencia a las agrupaciones de la nueva izquierda (Franco, Jensen).

Esta pugna entre dos paradigmas de militancia dio lugar a acaloradas polémicas y debates en diversos puntos del exilio. A grandes rasgos podemos marcar las principales posiciones adoptadas por estos militantes: algunos sobrevivientes se *resistieron* a adoptar el lenguaje de los derechos humanos, quedándose cristalizados en el discurso revolucionario, percibiendo con desencanto la apertura hacia la “gris” democracia alfonsinista y añorando el fragor y la épica anteriores; otros *simularon* afiliarse a la nueva narrativa humanitaria como una elección estratégica para poder denunciar pero que no reflejaba su aún vigente fidelidad a los principios revolucionarios; y hubo quienes sí *aceptaron* tomar las banderas de los derechos humanos y embarcarse en la nueva militancia por la Memoria, Verdad y Justicia. Toda una literatura testimonial, de carácter autobiográfico y autoficcional, en gran parte escrita en el exilio aunque no exclusivamente, da cuenta de estas disputas —y también se vincula a la *narrativa de la derrota*.

En la apertura democrática (1983), con la creación de la CONADEP (1983), la publicación del *Nunca Más* (1984) y el juicio a las Juntas Militares (1985) —precedidas por la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA en 1979—, el paradigma de los derechos humanos y la militancia en las luchas por la Memoria, Verdad y Justicia ocuparían el centro de la escena y dejarían en el pasado la revolución. Ello implicó la sustitución de la anterior figura del militante, del revolucionario o del guerrillero (calificados como “subversivos” o “terroristas” por los militares) por la imagen de la “víctima inocente” (Crenzel 2008).

Los hijos e hijas de la revolución

Será necesaria la aparición de la segunda generación de los hijos de las víctimas y de la conformación de la agrupación de derechos humanos H.I.J.O.S. en 1995 para, por un lado, restituir el perfil militante de los padres, para devolverles su lucha por un mundo mejor, para repolitizarlos; y, por otro lado, para dar inicio ellos mismos a una militancia que recupera las astillas revolucionarias de sus padres, donde la revolución regresa, pero de otra forma, cambia ante la coyuntura democrática y la hegemonía de los derechos humanos para

poder intervenirlas, para reemerger como un dispositivo performativo que renueva los rituales políticos de los organismos de derechos humanos.⁴

Quiero mover a estas hijas e hijos de los detenidos desaparecidos y de las víctimas del terrorismo de Estado argentino, por un instante, de su condición de “hijas/os de las víctimas” y pensarlos como “hijos/as de la revolución”, ya que uno de sus primeros gestos fue desplazar la mirada anclada en la dictadura y en la desaparición de sus progenitores hacia el quinquenio anterior de 1970–1975, cuando eran ostensibles el protagonismo y las acciones de sus padres guerrilleros —y cuando, además, el electo presidente Héctor Cámpora (mayo de 1973 – julio de 1973) inició el gobierno del tercer peronismo con claras simpatías hacia los jóvenes revolucionarios. De este modo, ellos rescataron la militancia de los padres y los corrieron tanto de la calificación de “terroristas” dada por los militares como de la de “víctimas inocentes” otorgada por los organismos de derechos humanos. Esta maniobra (de víctimas a militantes) exhibe un giro desde el paradigma de los derechos humanos hacia la matriz revolucionaria, un giro que de ninguna manera abandona las luchas por la Memoria, Verdad y Justicia, sino que las reactiva y renueva en el cruce con pulsiones revolucionarias.

Un claro ejemplo lo constituye el *escrache* creado por H.I.J.O.S. y concebido como una vía de denuncia y justicia alternativas en el contexto de impunidad y ante la clausura de los juicios de mediados de 1990. Que “todo el país sea su cárcel”, vociferaba H.I.J.O.S. delante de las casas de los represores, señalizando el lugar, arrojando pintura, entonando cánticos y bailando al son de una murga. Se trata de una práctica político-artística legítima pero ilegal e impulsada por destellos de violencia desconocidos e inusuales en las marchas pacíficas de las organizaciones de derechos humanos y que despertaron cierto rechazo y temor en algunos sectores. La “reivindicación del espíritu de lucha” de sus padres revolucionarios, así como el lema “Nacimos en su lucha, viven en la nuestra” indudablemente colisionaban con la narrativa humanitaria, ya que, entre otras cuestiones, la izquierda revolucionaria procuraba derrocar la democracia —a la que consideraba una forma enmascarada de dominación— a través de las armas para instaurar la revolución, lo que no resultaba fácilmente compatible con el escenario democrático. Los padres, además de militantes, serán también víctimas de la violación de los derechos humanos a la hora en que reclaman justicia a las instituciones del Estado, creando una contradicción que a veces no termina por resolverse. Pero son también estas tensiones no del todo zanjadas las que enriquecen sus apuestas y les permiten renovar las prácticas de la memoria.⁵

En cuanto al rescate de la madre/padre revolucionario en la producción literaria y artística de los hijas e hijos, es posible trazar un itinerario que va desde la temprana muestra de Lucila Quieto “Arqueología de la ausencia”

(1999–2001) hasta *Aparecida* (2015), de Marta Dillon, lo que significa ir desde la escena familiar hacia el acto político. Respecto a las perspectivas sobre la dictadura y en general sobre los genocidios, la crítica se ha detenido en reclamar la necesidad de llevar a cabo un *duelo*, que en nuestro caso implicaría encontrar los huesos de los padres y enterrarlos para cerrar un ciclo. Pero en estos hijos/as junto con el duelo aparece el impulso de traerlos a la vida, de *resucitarlos*, está el deseo de mirarlos, tocarlos, festejar cumpleaños y brindar en fiestas con ellos, de capturar su historia particular en tanto padres, militantes y parejas, con sus gustos, costumbres, con sus cuerpos vestidos y sexualizados, con sus sueños, apuestas y temores, en la vida cotidiana, en el interior de la casa, oyendo música o comiendo.

Algunas de las fotografías de la muestra de Quieto, hija de un padre y un tío desaparecidos, resultan paradigmáticas para mostrar el regreso del militante revolucionario en el contexto de los derechos humanos. A modo de ejemplo, me refiero ahora a aquella fotografía que, a través de un fotomontaje, reúne al guerrillero desaparecido con su hija Guillermina Perot (Figura 1). En esta foto se cruzan tres de las matrices que conforman el universo de los hijos e hijas: por un lado, el *mundo familiar*, visible en la elección de fotos del álbum familiar (en otros casos los padres/madres aparecen festejando un cumpleaños o una navidad, o en algún viaje de vacaciones, por ejemplo).



Figura 1: *Arqueología de la ausencia*, Lucila Quieto

Sabemos también que el vínculo familiar, la intimidad, “lo personal (ser hijo de), es político”. Por otro lado, la *matriz humanitaria* señala a la víctima des-

aparecida a partir de un fotomontaje entre el desaparecido y su hija/o que crea un anacronismo en el cruce temporal entre el pasado y el presente. Es un encuentro imposible que testimonia aquello que no aconteció, que procura llenar el vacío de la ausencia, pero que a la vez muestra su hueco y así apunta al carácter paradójico del desaparecido, suspendido entre la presencia y la ausencia, entre la vida y la muerte (Amado, Blejmar, Longoni). Finalmente, la *matriz revolucionaria* se exhibe en el *cuerpo subjetivado* del padre de Guillermina Perot, con su perfil setentista, la camisa abierta, desprolija, el pelo y los bigotes, la sonrisa, cierto descuido y el gesto de ganador que apuntan al revolucionario. Hay una *ficción recuperadora* que desnuda los procesos de borratura identitaria sobre sus progenitores, tanto aquellos padecidos por el poder desaparecedor como los fraguados por la narrativa humanitaria (desde luego que ambos son de muy diferente calibre). De modo que esta foto, además de apuntar al ausente, al desaparecido, a la víctima de la narrativa humanitaria de los años 1980, introduce al militante, al guerrillero, a la inquietante juventud maravillosa de los años 1970. En este trastorno de la temporalidad lineal se procura leer en el presente-futuro de la hija la intervención de las astillas del pasado.

En esta línea, Quieto da un vuelco respecto a las imágenes usadas hasta el momento para representar a los progenitores, tanto las fotos 4x4 de las marchas como las siluetas del Siluetazo. Las fotos tipo carnet, que las madres tempranamente comenzaron a exhibir para obtener información sobre el presunto paradero de sus hijos y que luego llevan a las marchas, recortaban el rostro como un modo de provocar una rápida identificación: eran fotos austeras, limpias, ascéticas, sobrias, que no permitían ver las marcas personales, las señas biográficas, los afectos, la intimidad. Se correspondían con la etiqueta de la “víctima inocente” con su borradura política. Por su parte, las siluetas, si bien incluyen el cuerpo a escala natural, éste está vacío, es anónimo, es colectivo y procura expresar la irresuelta condición del desaparecido en la tensión entre la ausencia y la presencia (Longoni, Da Silva Catela).

En estas creaciones de hijas/os la inclusión de dispositivos del universo revolucionario, si bien genera desacomodos y fricciones con la lógica de los derechos humanos, también va a renovar y potenciar las prácticas ya cristalizadas de las agrupaciones de derechos humanos, va a inaugurar un espacio para la militancia juvenil y a instaurar un nuevo sujeto social, ausente por años y sospechada de volver a traer prácticas “rebeldes” y “revulsivas” ya enterradas en el pasado, va a disputar la impunidad de la década de 1990 ejerciendo una justicia alternativa a través del escrache considerado ilegal por las leyes democráticas, va a servir como antecedente para la configuración en América Latina de nuevos modos de militancia como lo fueron las diversas agrupaciones de H.I.J.O.S. y se va a convertir en un referente que será recuperado

por sectores de la política (desde Néstor Kirchner hasta la agrupación política La Cámpora). También, podemos postular, estos jóvenes están marcando los límites de las políticas de derechos humanos del momento, cuestionando sus alcances, reclamando su renovación y proyectando una nueva etapa diferente a las políticas de la memoria del gobierno de Raúl Alfonsín.

Será Néstor Kirchner quien desde su gobierno (2003–2007) va a continuar y profundizar desde el Estado este cruce entre derechos humanos y revolución inaugurado una década antes por los hijos/as, va a refundar la narrativa humanitaria introduciendo el impulso militante de 1970, va a recuperar la presidencia de Héctor José Cámpora (1973) cuando, por ejemplo, sostiene en un acto realizado en Plaza de Mayo, el veinticinco de mayo de 2006, en ocasión de la celebración por los tres años de su gobierno: “¡Y al final un día volvimos a la gloriosa Plaza de mayo . . . yo estaba allí abajo el veinticinco de mayo de 1973 [día de la asunción de Cámpora], como hoy, creyendo y jugándome por mis convicciones de que un nuevo país comenzaba, en estos miles de rostros veo los rostros de los 30 mil compañeros desaparecidos” (Montero 17).

La repolitización de los derechos humanos

Sin duda, fue el gobierno inaugural de Raúl Alfonsín (1983–1989) el que en el regreso a la democracia dio un primer, importante e insoslayable impulso a los derechos humanos convirtiéndolos en el eje de la transición con la creación de la CONADEP (1983–1984), que se ocuparía de recolectar testimonios sobre la maquinaria del terrorismo de Estado, con la publicación del volumen *Nunca Más* (1984) donde se los daba a conocer y con el inicio del juicio a las Juntas Militares (1985).⁶ En esta primera instancia los derechos humanos se presentaban como un espacio despolitizado, que apelaba a la “universalidad” de los mismos, que incumbía a la ley y a la justicia. En el contexto tan complejo de la posdictadura, en el cual las Fuerzas Armadas procuraban justificar su accionar bajo argumentos políticos como la Doctrina de Seguridad Nacional y donde los partidos políticos no ofrecían la suficiente garantía de llevar a cabo una justicia imparcial, la decisión del presidente fue crear una institución que, como la CONADEP, fuera integrada por ciudadanos ilustres de diversas y variadas pertenencias (Crenzel).

Dos décadas después, la presidencia de Néstor Kirchner (2003–2007) constituyó un segundo momento en que desde el Estado se promovieron fuertemente los derechos humanos, luego de los dos gobiernos de Carlos Menem (1989–1999), caracterizados por el repliegue estatal de las luchas por la memoria, acorraladas por las leyes de impunidad que alcanzaron su punto culminante con los Indultos de 1989–1990. Esta segunda vuelta oficial de los

derechos humanos bajo el patrocinio de Néstor Kirchner se distanció en gran medida de la impronta alfonsinista: dejó de lado cierto perfil neutral, imparcial y apolítico de la narrativa humanitaria para contaminarse de un alto voltaje político. Kirchner sacude y reactiva los derechos humanos al cruzarlos con la recuperación de la militancia juvenil de 1970 que lleva a cabo, una recuperación de los valores sostenidos por aquella Nueva Izquierda con *anterioridad* a la derrota política de 1974–75 (Lesgart 182). Con ello refunda oficialmente las luchas por la memoria en continuidad con las perspectivas de exmilitantes y de H.I.J.O.S. quienes a mediados de 1990 ya habían inaugurado una visión politizada de las víctimas.

El gobierno de Kirchner se inscribe en el giro a la izquierda, en el retorno del populismo, en el surgimiento de regímenes nacional-populares o de gobiernos progresistas que caracterizaron a las nuevas democracias latinoamericanas. Diversos estudios coinciden en definir al kirchnerismo como un discurso que reúne, en mayor o menor grado, algunos rasgos del populismo, más allá de las mixturas y transversalidades con el republicanismo, el peronismo progresista, las fuerzas progresistas de izquierda y los sectores del peronismo tradicional, como el sindicalismo y los dirigentes históricos.

Aquí retomamos los análisis de Ana Soledad Montero en los cuales indaga, a partir de un conjunto de discursos, la construcción que el presidente Néstor Kirchner hace sobre su propia imagen de un *ethos militante* —como encarnación de un mandato heredado de la generación de jóvenes militantes setentistas.⁷ Luego de su repentina muerte, fue considerado, incluso, el “último hijo” o “el último militante muerto en el fragor de la lucha política” por algunas Madres de Plaza de Mayo (Montero 23). Más allá de los actos concretos impartidos por su gobierno —la creación del Museo de la Memoria en la ESMA y en La Perla, el descuelgue de los cuadros de los dictadores, la declaración de nulidad e inconstitucionalidad de las Leyes de Punto Final y Obediencia Debida, la reapertura de los juicios de lesa humanidad—, Montero explora el uso de conceptos, argumentos, ideologemas, representaciones, imaginarios, valores, así como el empleo de léxico, gestos, tono, voz, actitudes, corporalidad, vestimenta que provienen del universo simbólico, de los imaginarios, de la estructura de sentimiento y de los esquemas ético-morales de la militancia de los jóvenes de la Nueva Izquierda. Tópicos como la juventud idealista, soñadora, desinteresada, solidaria, pero también rebelde, transgresora, valiente, voluntariosa, con convicciones y sacrificada son reactualizados pasando previamente por un proceso de readaptación al contexto democrático desde el que Néstor Kirchner habla. Se trata de una mirada idealizada y esquemática de esa generación que evita hablar del empleo de la violencia armada, de los conflictos en el interior de las agrupaciones de la izquierda revolucionaria, del autoritarismo, verticalismo y militarismo que

las permeaba en tanto características difíciles de congeniar con los parámetros de la democracia —de allí que evite mencionar la “lucha armada”, la “Revolución” y la “Patria Socialista”.

Otros tópicos y perspectivas son asimismo recuperadas y readaptadas a la coyuntura democrática: la política como ámbito de valores, convicciones, coraje y sacrificio, como espacio de luchas y enfrentamientos para poder realizar los cambios necesarios, como usina de producción y no como una burocracia, como territorio binario de amigos y enemigos en el desafío de luchar por un mundo mejor frente a los poderes del imperialismo, los monopolios, la prensa opositora, entre otros. Desde estas líneas, Néstor Kirchner cambia el perfil de la democracia, de la justicia y de la memoria. Se corre del ideal democrático y republicano basado en el carácter consensual de la política, en el sostenimiento de valores como la civilidad, la tolerancia, el pluralismo, se separa de la noción de una justicia y verdad neutra, universalista, austera, aséptica, despolitizada e imparcial que caracterizaron el gobierno de Alfonsín, y le insufla un perfil personalista y subjetivo a sus acciones en el terreno de la memoria, una justicia atravesada por convicciones personales, una “democracia sustantiva” fundada en determinados mandatos y contenidos esenciales, de índole valorativa, que le permitía diferenciarse y correrse de la teoría de los dos demonios (Montero 117–118).

Mientras el gobierno alfonsinista encaró la revisión del pasado dictatorial desde una lógica centrada en una “justicia neutral” que estuviera al margen de las fuerzas políticas con sus intereses partidarios, Kirchner prefirió ahondar en las tradiciones políticas luego de un extenso período dominado por la matriz económica del relato neoliberal. Ambos respondían, en cierta medida, a la coyuntura anterior de la cual provenían y debían alejarse: por un lado, el contexto caliente de enfrentamiento político radical y violento durante los setenta en el caso de Raúl Alfonsín lo condujo a elegir un dispositivo legal ajeno a las tensiones políticas; por el otro lado, la fría despolitización menemista en el caso de Néstor Kirchner lo llevó a recuperar el fuego de la política, a dotar a los derechos humanos de una inflexión localista, politizada, partidaria, peronista-de-izquierda, populista y polémica.

Esta investidura política de los derechos humanos configura una lógica particular dentro de los diversos contextos atravesados por las narrativas de la memoria. Varios teóricos han formulado diversas críticas a la matriz de derechos humanos.⁸ En esta ocasión solo voy a mencionar los comentarios de Alain Badiou volcados en su breve texto “La ética y la cuestión de los derechos humanos”. Allí distingue dos concepciones. Por un lado, se trata de una *ideología del capitalismo globalizado* que impone una doble sumisión al mercado y a la democracia representativa. Las víctimas se encuentran atrapadas en estos parámetros que se presentan como la única posibilidad ante el riesgo

de caer en regímenes autoritarios, y así pierden su capacidad de resistencia, son victimizadas y solo merecen recibir la ayuda humanitaria de los países ricos. Por otro lado, aboga por el empleo de los derechos humanos vinculados a proyectos de transformación y guiados por políticas emancipatorias, lo que supone sacar a la víctima de la condición de objeto solo digno de piedad y ayuda humanitaria para reconvertirla en sujeto político capaz de ejercer derechos humanos, con capacidad de un cambio real y profundo. Ello implica una politización y una localización de esta matriz.

En cierto sentido general y sin recabar en las diferencias, la mirada de Enzo Traverso en *Melancolía de izquierda* va en el mismo sentido que la de Badiou. El intelectual italiano también se levanta contra el auge, en la década de 1980, de una memoria que ha perdido su ligazón con los movimientos insurreccionales de la tradición de izquierda a partir de la debacle del marxismo durante esos mismos años. Propone, entonces, recuperar una dimensión *melancólica* de cierta tradición oculta de la izquierda —cuyo mayor forjador sería Walter Benjamin— que permita reunir la memoria de los vencidos con la pulsión redentorista de la lucha. Por este camino se procura reconocer el derrumbe del marxismo, pero asimismo retomar su impulso revolucionario desde otro lugar, se intenta abrir un camino en el que el duelo por un mundo perdido coexista con la creación de nuevos proyectos, se pretende aceptar la necesidad de una autocrítica respecto de sus propios fracasos pasados sin olvidar intervenir en las luchas del presente. Se trataría de la reunión entre el ángel de la catástrofe y el ángel de la barricada para traducirlo en nuestras imágenes. Traverso procura ir más allá del humanitarismo dominante que, obsesionado con la memoria, sacraliza a las víctimas, las confina en sus sufrimientos y las encierra en un pasado sin futuro o en un presente estático sin horizonte de expectativa.

Si bien el paradigma del trauma ocupó un lugar central en los *Memory Studies* desde los años 1990, son varias las perspectivas que insisten en la necesidad de ir más allá del foco en las memorias traumáticas para capturar las memorias previas de las luchas políticas (Ann Rigney). Como estamos viendo, el caso argentino parece responder de antemano a esta propuesta. Por un lado, Elizabeth Jelin da cuenta de la emergencia, en las transiciones democráticas, de *nuevos movimientos sociales*, entre los que se destacan los movimientos de derechos humanos. Analiza la *movilización social* como génesis de los derechos humanos, y de este modo el paradigma de la memoria estuvo desde sus inicios fuertemente anclado en las prácticas militantes. Por otro lado, como acabamos de reseñar, en el caso de la agrupación H.I.J.O.S. y de los gobiernos kirchneristas, las memorias de la militancia de 1970, es decir aquellas previas a las memorias traumáticas, se reincorporan como acicate político. Se trata de una militancia de la “revolución después de la Revolución”, que hace suya

las demandas de transformar la realidad bajo el impulso emancipatorio dentro de la democracia y de la mano de los derechos humanos. En esta foto de La Cámpora, una agrupación política creada en 2006 como un brazo juvenil del kirchnerismo, en donde militan algunos hijos/as como Eduardo “Wado” de Pedro, Juan Cabandi , Horacio Pietragalla, etc. (Figura 2), es posible ver el cruce entre la matriz de derechos humanos y el injerto revolucionario: por un lado, “Ni olvido ni perdón” y, por el otro, el logo y nombre de la agrupación política La Cámpora (2006), que remite al peronismo revolucionario de 1970 a través de la recuperación del apellido del Presidente Héctor Cámpora (mayo de 1973 – julio de 1973).



Figura 2: Grafiti de La Cámpora. Fotografía: Teresa Basile

Son múltiples las vías en que las hijas e hijos establecen continuidades y se abren a nuevas militancias de diversa índole, entre las cuales podemos señalar, solo a modo de ejemplo, la actual lucha feminista del Ni Una Menos, las reivindicaciones como el aborto legal, la educación sexual integral, la reforma judicial con perspectiva de género, el cupo laboral travesti-trans, las denuncias de los femicidios, etc. En estas marchas y reclamos se recuperan los legados de las Madres y se actualizan algunas consignas como “Ni una menos, contra nuestros cuerpos Nunca Más”, “No olvidamos, no perdonamos, no nos reconciliamos”. Estos legados se simbolizan con el traspaso del pañuelo blanco al pañuelo verde, como sostuvo Gabriella Cerruti: “Somos hijas de los pañuelos blancos y madres de los pañuelos verdes. Somos millones” (Figura 3).



Figura 3: “Marzo de los pañuelos”. Ilustración de Mariana Baizan, 2017

Asimismo, las hijas/os de los represores, que rechazaron a su pares y fundaron el colectivo Historias Desobedientes: Familiares de Genocidas por la Memoria, la Verdad y la Justicia, se presentan con sus propias banderas por primera vez el tres de junio de 2017 en la movilización organizada por Ni Una Menos.

La resurrección de los padres en la militancia

Volvamos a la literatura y al arte de los hijos/os. Mientras en la propuesta de Quieto la voluntad de revivir a los padres atañe al espacio familiar e íntimo, sin por ello menoscabar el impacto político de las fotografías, en cambio, en *Aparecida* (2015), de Marta Dillon, esta pulsión vital de resucitar a la madre, que surge cuando “aparecen” sus huesos, se inviste de fuertes colores políticos vinculados a los gobiernos kirchneristas. Aquí la resurrección adquiere la dimensión de una epifanía en el espacio político.

La autora aborda su propia experiencia centrada en el encuentro de los huesos de su madre, Marta Taboada, por parte de los antropólogos forenses, “aparición” que remite al último tramo de los avatares de la búsqueda que los hijos/as emprenden, abriendo la posibilidad de cerrar un ciclo. Mientras Marta percibe el *duelo* como un proceso atravesado por pérdidas y temores (“No estaba lista. No quería perder a mi santita de ojos azules y pelo al viento” [73]), en cambio, la *melancolía* sostiene el vínculo particular con la madre, y, lejos de presentarse como un cuadro patológico, es el espacio amoroso de

encuentro con ella donde acontecen momentos de iluminación y de epifanía: “Yo quedé prendada de esa bóveda de luz . . . que dejó la ausencia de mi madre” (56). Por ello, Marta se resiste a abandonarla: “¿Tendría que extirparme la melancolía como un quiste?” (52). En este sentido, las categorías de *duelo* y *melancolía* conformaron dos modos de elaborar las pérdidas en torno a los desaparecidos: mientras algunos solicitaron conocer el destino de las víctimas y recuperar sus huesos para poder tramitar la herida y realizar el *duelo*; otros, en cambio, se resistieron a pensar el duelo en términos de un proceso cerrado que supondría la sustitución del objeto perdido por otro (Freud), y eligieron la *melancolía* como un camino para no olvidar a las víctimas y continuar con las luchas por la memoria (Amar Sánchez y Basile).

No obstante, este texto va más allá de la melancolía y del duelo e instaura la *resurrección* de la figura materna, que atañe no solo al espíritu y personalidad de la madre, sino también al cuerpo. Ciertos ejemplos ilustran la voluntad de revivir a la madre: en lugar de la desintegración del cuerpo acontece el resurgimiento de la carne, y el acto de vestir el cuerpo hace brotar la vida de los huesos, tal como acontece en la siguiente cita: “La certeza envolviendo ese fémur; envolviendo y devolviendo, una capa tras otra de nervios, sangre, carne, grasa, dermis, epidermis, los pelos, las medias de nylon, la pollera a cuadros de lana y mi cabeza sobre ella” (60).

En las ceremonias funerarias con sus preparativos y en el entierro, esta resurrección de la madre alcanza un punto culminante, transita del espacio íntimo hacia el universo, salta del ámbito privado hacia el público, va del hogar hacia la política y la historia, atraviesa el límite de lo profano para sacralizarse en su última aparición epifánica. Se pone en escena la potencia libidinal, mágica, utópica característica de hijos/as, que reactualiza la tradición iniciada por las Madres en su porfiado reclamo de “aparición con vida”: “Con vida los llevaron, con vida los queremos” (Buntinx 262). Marta se dispone a la última aparición de la madre (tal vez este sentido y no la referencia al encuentro de los huesos constituya el significado y referente del título del libro), a su epifanía —“aunque fuera por un segundo . . . iba a estar entre nosotros” (188)— para que su hija pueda “caer de rodillas como una iluminada frente a su presencia incandescente”, entrar “en trance” y ver “cómo sobre ella se reflejaba el Universo” (199).

El reencantamiento de la madre se nutre y crece al calor de la política, y se vincula asimismo con el reencantamiento de la política que el gobierno de Néstor Kirchner (2003–2007) llevó a cabo, como vimos, y que fue continuado por Cristina Fernández de Kirchner (2007–2015), luego del apagón de la militancia durante los gobiernos neoliberales de Carlos Menem. En *Aparecida*, la autora hace explícito su apoyo y entusiasmo a la “era K”, tanto respecto a las relecturas de los setenta y a las políticas de derechos humanos como a las

leyes de matrimonio igualitario bajo las cuales se casa con Albertina Carri. También en este texto está presente la perspectiva de una continuidad entre la lucha revolucionaria de los padres y el espacio político abierto por los Kirchner, en el cual los H.I.J.O.S. van a reinscribir su legado. Se articula el relato de la *revolución truncada* que ahora puede realizarse por otras vías: el desaparecido se ha resguardado en una latencia que lo despierta transmutado en otros cuerpos del presente, semilla en espera que recién ahora brota.

La urna será primero transportada hasta su casa en una cureña hecha con un carro de cartonero y cubierta con una bandera argentina, y luego será llevada en un “camión militante” rodeado de las banderas de H.I.J.O.S., Madres y Familiares, agrupaciones políticas, en un entierro que será colectivo y público (Figura 4).



Figura 4: Entierro de *Aparecida*, de Marta Dillon

Además, sus compañeros la recuerdan como una “ninfa rubia para siempre, joven y audaz”, como la “Evita Montonera” (198) que engalanaba su ataúd. La figura de la “ninfa” remite a cierta tradición argentina en torno a la Evita edificada desde el peronismo revolucionario de izquierda. José Emilio Bursucúa retoma la imagen de la ninfa, tal y como fuera analizada por Aby Warburg, para señalar un ejemplo de “vuelta a la vida” o “sobrevivencia” (*Nachleben*), tal como es posible verla en la fotografía de Eva Perón con el pelo suelto, joven y sonriente, que fue capturada por el juvenilismo revolucionario de 1970 —muy diferente a la imagen oficial. Las fotos elegidas por Dillon para ilustrar la tapa del libro responden certeramente a la “ninfa”. Podemos también recolocar, a su vez, esta posibilidad de resurrección en la tradición peronista referida a Eva Perón, escandida por textos seminales como el de Copi (*Eva*

Perón, 1970), donde se afirma “Evita, señores, está más viva que nunca”, o por “Evita vive” (1975), de Néstor Perlongher, en donde ella desciende del cielo dispuesta a recorrer los bajos fondos como prostituta, reventada y drogadicta para llevar su contención a los nuevos descamisados —sin olvidar el imaginario en torno a la “Evita Montonera” ni la predilección que Cristina Fernández de Kirchner mostró por ella.

Asimismo, en *La Guardería montonera: La vida en Cuba de los hijos de la Contraofensiva* (2013), de Analía Argento, la experiencia de los padres/madres militantes finalmente adquiere sus frutos y encuentra una continuidad histórica en la militancia de H.I.J.O.S. durante los gobiernos kirchneristas. Desde otro lugar, Raquel Robles en *Pequeños combatientes* (2013) trama también una secuencia entre su infancia combatiente y su participación en dicha agrupación.

Estos textos trazan, entonces, una temporalidad redentorista, en cuyo presente y futuro pueden concretarse las astillas incumplidas del pasado. Si el ángel de la historia de Benjamin, aquel que contempla la devastación y las ruinas, puede metaforizar la mirada a la barbarie dejada por el terrorismo de Estado; en cambio, el ángel de la barricada de Tatián, quien observa el fragor de la gesta previa a la derrota, recupera los ideales revolucionarios de los padres y madres del peronismo de izquierda para recomenzar las luchas desde otras vías sin olvidar la apuesta a los derechos humanos. Esta carga política y militante de H.I.J.O.S. e hijos/as supone una ruptura con el patrón narrativo del discurso transnacional del Holocausto y su propensión a la despolitización, su reificación del paradigma del trauma y de la figura de la víctima, y su olvido de la lucha y de las fuerzas históricas que estaban en juego (Hansen).

Notas

1. En este artículo retomo algunas perspectivas presentadas en el prólogo “La revolución después de la Revolución. Sus avatares latinoamericanos”, en *Actas de las Jornadas Internacionales Literatura, Artes, Revolución y Poder en América Latina*, compilación de Agustina Catalano y Rocío Fernández (Mar del Plata, 2022, 11–18).
2. En “La ESMA en la literatura: *Recuerdo de la muerte* (1984) de Miguel Bonasso” (en prensa) analizo las vías a través de las cuales Bonasso se propone explorar las causas de la derrota de Montoneros focalizando en la ESMA como un *espacio político concentracionario* donde convivían leales y traidores a la causa revolucionaria. Junto con la indagación de la derrota, *Recuerdo...* investiga, además, el proyecto de Montoneros y, para explicar y justificar sus luchas, reconstruye la historia argentina desde la tradición peronista. Este recorrido por la historia estará surcado tanto por otros proyectos emancipatorios como por sus derrotas.

3. En *El desarme de Calibán. Debates culturales y diseños literarios en la posdictadura uruguaya* he analizado un corpus de novelas históricas y de ensayos atravesados por la derrota de la utopía revolucionaria de los años 1960 y la necesidad de desarmar al revolucionario Calibán en el contexto del inicio de la democracia.
4. Si bien en estos años se publican los tomos de *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, de Martín Caparrós y Eduardo Anguita (1997–1998), en donde se repasa la historia de la militancia revolucionaria en Argentina, hemos preferido dejar de lado su análisis debido a los límites que supone la extensión de un artículo.
5. Resulta interesante la polémica sobre el escrache entre Ana Amado y Hugo Vezzetti. Mientras Vezzetti critica el escrache por considerarlo una reactualización inerte de sentidos ideológicos cristalizados y de nula politicidad en su efecto de regresión a la epopeya de sus padres, Amado, en cambio, señala el corte histórico violento entre una y otra generación y la distancia cultural que impiden la repetición de la gesta de la generación anterior.
6. La CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas) fue creada por el presidente argentino Raúl Alfonsín el quince de diciembre de 1983 con el objetivo de investigar las reiteradas y planificadas violaciones a los derechos humanos ocurridas durante la dictadura (1976–1983) y funcionó entre 1983 y 1984 recopilando testimonios de sobrevivientes, familiares de víctimas y testigos casuales, y visitando centros clandestinos de detención.
7. Montero sostiene que Néstor Kirchner configuró dos principales relatos: el primero establecía una continuidad entre la dictadura (1976–1983) y el neoliberalismo de los gobiernos de Carlos Menem (1989–1999) en la imposición de un plan económico neoliberal que desembocó en el estallido social del 2001. Con ello instauró la idea de los “delitos económicos” cometidos por los dictadores y el concepto de una dictadura “cívico-militar”. El segundo relato sostenía la continuidad entre los jóvenes militantes de la Nueva Izquierda de los años 1970 y su propio gobierno en tanto reparaba una historia truncada por el terrorismo de Estado. En esos diseños quedaba afuera el gobierno de Raúl Alfonsín (1983–1989), que suele ser silenciado en los discursos de Néstor Kirchner en su intento por destacar la impronta fundacional de su política de los derechos humanos, desvinculada de los decisivos e ineludibles aportes del gobierno alfonsinista en las luchas por la Memoria, Verdad y Justicia inaugurados en la apertura democrática (véase para un debate sobre este silenciamiento: Montero 104–110).
8. Véase: Badiou, “La ética y la cuestión de los derechos humanos” y *La ética*; Rancière, “¿Quién es el sujeto de los derechos del Hombre?”; Žižek, *Sobre la violencia* y “En contra de los Derechos Humanos”. Oswaldo M. Bolo Varela revisa estas perspectivas críticas para el caso de las víctimas del Perú en “Mirar al familiar abyecto: lo fallido y lo incomprensible en dos documentales de la descendencia subversiva peruana”.

Obras citadas

- Agamben, Giorgio. “¿Qué es lo contemporáneo?”. *Desnudez*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2011, 17–29.
- Amado, Ana. *La imagen justa. Cine argentino y política (1980–2007)*. Buenos Aires: Colihue, 2009.
- _____. “Órdenes de la memoria y desórdenes de la ficción”. *Lazos de familia*. Eds. Ana Amado y Nora Domínguez. Buenos Aires: Paidós, 2004. 43–82.
- Amar Sánchez, Ana María. *Instrucciones para la derrota. Narrativas éticas y políticas de perdedores*. Barcelona: Anthropos, 2010.
- Amar Sánchez, Ana María y Teresa Basile. “Introducción. Derrota, melancolía y desarme en la literatura latinoamericana de las últimas décadas”. *Revista Iberoamericana* 80.247 (abril-junio 2014): 327–349.
- Argento, Analía. *La guardería montonera: La vida en Cuba de los hijos de la Contraofensiva*. Buenos Aires: Editorial Marea, 2013.
- Avelar, Idelber. *Alegorías de la derrota: la ficción posdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2000.
- Badiou, Alain. “La ética y la cuestión de los derechos humanos”. *Acontecimiento* 19–20 (2000). Web. 25 de junio de 2022.
- _____. *La ética: ensayo sobre la conciencia del mal*. México D. F.: Herder, 2003.
- Basile, Teresa. *El desarme de Calibán. Debates culturales y diseños literarios en la posdictadura uruguaya*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (IILI), 2018.
- _____. “Estación Habana” (posfacio). *Corazón de skitalietz*. Antonio José Ponte. Rosario: Beatriz Viterbo, 2010. 109–137.
- _____. *Infancias. La narrativa argentina de HIJOS*. Villa María: EDUVIM, 2019.
- _____. “Reinstitucionalización del testimonio en América Latina desde la narrativa humanitaria”. *Aletheia* 11.21 (diciembre 2020). Web. 25 de junio de 2022.
- Benjamin, Walter. “Tesis de la filosofía de la historia”. *Discursos interrumpidos I*. Buenos Aires: Taurus, 1989.
- Blejmar, Jordana. “Anacronismos”. *El río sin orillas. Revista de filosofía, cultura y política* 2 (2008): 200–211.
- Bolo Varela, Oswaldo M. “Mirar al familiar abyecto: lo fallido y lo incomprensible en dos documentales de la descendencia subversiva peruana”. *Las posmemorias: Perspectivas latinoamericanas y europeas - Les post-mémoires: Perspectives latino-américaines et européennes*. Eds. Teresa Basile y Cecilia González. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación; Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux (Pasados Presentes; 4/Maison des Pays ibériques; Série Amériques), 2020. 389–416.
- Bonasso, Miguel. *Recuerdo de la muerte*. Buenos Aires: Bruguera, 1984.

- Buntinx, Gustavo. “Desapariciones forzadas / Resurrecciones míticas (Fragmentos)”. *El Siluetazo*. Eds. Ana Longoni y Gustavo Bruzzone. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2008. 253–284.
- Burucúa, José Emilio. *Historia, arte y cultura. De Aby Warburg a Carlo Guinzburg*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Caparrós, Martín y Eduardo Anguita. *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. Buenos Aires: Booket, 2006.
- Crenzel, Emilio. *La historia política del Nunca Más: la memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Copi. *Eva Perón*. Buenos Aires: Bourgois, 2000.
- Da Silva Catela, Ludmila. “Re-velar el horror. Fotografía, archivos y memoria frente a la desaparición de personas”. *Memorias, Historia y Derechos Humanos*. Eds. Isabel Piper Shafir y Belén Rojas. Santiago de Chile: Programa Domeyko Sociedad y Equidad, Universidad de Chile, 2012. 157–175.
- Dillon, Marta. *Aparecida*. Buenos Aires: Sudamericana, 2015.
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán. Apuntes sobre la cultura de nuestra América*. Buenos Aires: La Pléyade, 1984.
- Franco, Marina. *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Freud, Sigmund. “Duelo y melancolía”. *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1993.
- Hansen, Hans Lauge. “Modos narrativos en la memoria de los movimientos militantes”. *Militancias radicales. Narrar los sesenta y setenta desde el siglo XXI*. Eds. Cecilia González y Aránzazu Sarría Buil. Madrid / Buenos Aires: Postmetropolis Editorial / Prohistoria Ediciones, 2016. 87–106.
- Jelin, Elizabeth. “Los movimientos sociales en la Argentina contemporánea: una introducción a su estudio”. *Los nuevos movimientos sociales*. Ed. Elizabeth Jelin. Buenos Aires: CEAL, 1985. 13–40.
- Jensen, Silvina. *Los exiliados. La lucha por los derechos humanos durante la dictadura*. Buenos Aires: Sudamericana, 2010.
- Lesgart, Cecilia. “Luchas por los sentidos del pasado y el presente. Notas sobre la reconsideración actual de los años ’70 y ’80”. *Argentina 1976–2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Eds. César Teach y Hugo Quiroga. Rosario: Homo Sapiens, 2006. 167–198.
- Longoni, Ana. “Apenas, nada menos. En torno a *Arqueología de la Ausencia*, de Lucila Quieto”. *Ramona. Revista de Artes Visuales* (2009): 56–61.
- Longoni, Ana y Gustavo Bruzzone (eds.). *El Siluetazo*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2008.
- Montero, Ana Soledad. *¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003–2007)*. Buenos Aires: Prometeo, 2012.
- Nuez, Iván de la. “El destierro de Calibán. Diáspora de la cultura cubana en los ’90 en Europa”. *Encuentro de la cultura cubana* 4/5 (primavera-verano 1997): 137–144.

- Perlongher, Néstor. "Evita vive". *Prosa Plebeya. Ensayos 1980–1992*. Buenos Aires: Colihue, 1997. 191–196.
- Piglia, Ricardo. *Respiración artificial*. Buenos Aires: Pomaire, 1980.
- Quieto, Lucila. *Arqueología de la Ausencia*. 1999–2001.
- Rancière, Jaques. "¿Quién es el sujeto de los derechos del Hombre?". *The South Atlantic Quarterly* 103 (primavera-verano 2004): 2–3. Web. 25 de junio de 2022.
- Rigney, Ann. "Remembering Hope: Transnational Activism Beyond the Traumatic". *Memory Studies* 11.3 (2018): 368–380.
- Robles, Raquel. *Pequeños combatientes*. Buenos Aires: Alfaguara, 2013.
- Tatián, Diego. "El ángel de la barricada". *La Fuga* 23 (2020). Web. 25 de junio de 2022.
- Traverso, Enzo. *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2018.
- Vezzetti, Hugo. "Activismo de la memoria: el escrache". *Punto de Vista* 62 (1998): 1–7.
- Žižek, Slavoj. *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós, 2009.
- _____. "En contra de los Derechos Humanos". *Suma de Negocios* 2.2 (2011): 115–127.

Basile, Teresa. "La revolución después de La Revolución: los hijos de la revolución." *Generación Hijos: memoria, posdictadura y posconflicto en América Latina*. Eds. Carolina Añón Suárez y Ana Forcinito. *Hispanic Issues On Line* 30 (2023): 68–87.
